

MI SINIESTRA ABUELA

Como cada martes, ella me esperaba junto a la entrada del colegio. Mamá decía que siempre había sido así, que en el fondo me quería. Y aunque yo protestaba y protestaba, a las cinco de la tarde, como un reloj, ahí estaba. Nunca fallaba.

Aquel día nos dirigíamos a su casa deprisa, pues llovía a cántaros. Mientras merendaba, ella dormitaba en su mecedora con la televisión encendida. Su cabeza se iba inclinando hacia su hombro y, bruscamente, volvía a su posición inicial. Pero cuando yo intentaba cambiar de canal, me miraba con sus fríos ojos y me decía:

- Pon ahora mismo el programa que estaba viendo, mocoso.

Sin embargo, ese día me sorprendió:

- Bruno, termina tu bocadillo y luego haces tus deberes. He de salir a un recado, pero volveré enseguida.

Al principio me daba miedo quedarme solo en el viejo caserón. Pero me moría de ganas de conocer el desván, algo que me tenía totalmente prohibido.

Me asomé a la ventana y la vi marchar. Seguía lloviendo ahí fuera, así que tenía que pasar a la acción.

Subí el último tramo de escaleras y empujé la trampilla. Todo estaba oscuro y, para colmo, se había ido la luz. Avancé por la penumbra y, cuando mis ojos se acostumbraron, observé detenidamente lo que había a mí alrededor: una máquina de coser cubierta de polvo, una vieja cuna de madera, muñecas de porcelana de expresión triste, decenas de baúles y cajas... No disponía de tiempo para verlo todo, pues ella podía volver en cualquier momento.

Al fondo divisé un viejo arcón. Debía ser muy antiguo. Con mucho esfuerzo levanté su pesada tapa. Una tela color púrpura escondía lo que había en su interior. La levanté despacio: había un enorme crucifijo. Sin duda era el Cristo más aterrador que había visto en mi corta vida. Bajo sus ojos se apreciaban unas pequeñas lágrimas, sus labios contraídos en un gesto de dolor inimaginable. Pero lo más espeluznante, era el pelo postizo que rodeaba su cabeza. Escuché un ruido: alguien o algo estaba arañando el fondo del baúl. Intenté retirar el crucifijo y el ratón escapó, dándome un susto de muerte...

Un trueno hizo vibrar los cimientos de la casa y, con el resplandor del rayo, la vi: estaba totalmente empapada y se le había desecho el moño.

- Eres un niño consentido que siempre hace lo que le da la gana. Sal de aquí ya.

Esa noche tuve pesadillas: la abuela quería matarme.

Días más tarde, cuál fue mi sorpresa cuando, al entrar en mi dormitorio, vi el crucifijo colgado sobre la cabecera de mi cama.

- ¿Has visto, hijo? La abuela lo ha traído esta mañana. Ella misma me ha indicado dónde tenía que colocarlo. Un bonito detalle ¿no crees?...

Desperté empapado en sudor. Por fin era de día.

Y AMANECIÓ UN TRISTE DÍA

La luna llena iluminaba el camino que, aceleradamente, recorría mi hermano en dirección al puerto. Yo le seguía muerto de frío, pues apenas había tenido tiempo de abrigarme, intentando frenar las calientes lágrimas que resbalaban por mi cara.

Horas antes, mamá y Pablo habían vuelto a discutir. La abuela decía que Pablo estaba muy unido a papá y que nunca superaría su pérdida. Sin embargo, apenas me acordaba de él, pues había muerto siendo yo muy pequeño. Las fotografías repartidas por mi casa reflejaban el cariño que nuestro progenitor sentía hacia nosotros y evidenciaban lo maravilloso que podría haber sido tenerle más tiempo, lo solos que nos había dejado.

Pablo comenzó a beber poco después. Llegaba muy tarde a casa y mamá pasaba horas y horas esperando su regreso, mirando por la ventana y marcando su teléfono una y otra vez....

Pero aquella noche, harta y desesperada, se enfrentó a él, comenzó a gritarle y declaró lo poco orgulloso que se sentiría papá con su comportamiento.

Nunca había visto llorar a Pablo hasta ese día. Entró en su habitación y comenzó a guardar desordenadamente su ropa en una maleta. Yo empujé despacio la puerta: ya no lloraba cuando me agarró por los hombros y me dijo:
- Bruno, cuida de mamá hasta que yo regrese.

Le vi salir de casa y no lo dudé. Me calcé rápidamente y salí tras él en pijama, con cuidado para que no descubriera mi presencia.

Llegó al embarcadero y, tras hablar unos minutos con un marinero, subió a un barco que, momentos después, abandonó el puerto.

La pérdida de papá y Pablo sumirían a mamá en una profunda depresión.

Regresé a casa cuando amanecía. Me correspondería a mí la ardua tarea de devolver la alegría a mi amada madre.

AZUL COMO SUS OJOS

En la ladera de una montaña, rodeado de verdes prados, se encontraba mi colegio. Si subías a la azotea, podías divisar el faro y, más a lo lejos, el mar. Allí me refugiaba durante los recreos, observando los lejanos barcos, imaginando que mi hermano Pablo iba en uno de ellos.

Mis compañeros me consideraban un bicho raro pero yo disfrutaba allí de esa obligada soledad.

Aquel día llovía. Estaba tan absorto en mis pensamientos, que no me dí cuenta de que las clases habían comenzado, hasta que escuché las palabras de la profesora:

- No me gusta la lluvia ni los días grises. ¡Son tan tristes!

Me giré bruscamente.

- Perdona, Bruno. No quería asustarte. ¿Te encuentras bien?

Asentí y la miré a los ojos. Ese día estaba guapísima. La expresión de mi cara la hizo sonreír.

- Bajemos a mi despacho. Ya ha comenzado la clase de música y ya conoces a Don Gregorio. No soporta que interrumpen sus clases.

Me senté frente a ella. Nos separaba una gran mesa cubierta de objetos perfectamente colocados: un ordenador portátil, varios exámenes sin corregir, una exótica rosa de Jericó flotando sobre un cuenco de cristal lleno de agua y, lo que más llamó mi atención, un hermoso objeto azul con forma esférica. En su interior, estaban atrapados un mosquito, una pequeña libélula y una diminuta flor.

Debieron pasar varios minutos y yo seguía mirándolo fascinado.

- Es precioso ¿verdad? Ha pertenecido a mi familia durante muchos años. Parece ser que un antepasado mío lo encontró flotando en el mar, comentó mi profesora.

Volví a observarlo. Entonces, como en un sueño, vi a un hombre de unos cincuenta años, con la piel bronceada y expresión triste, sentado en la orilla del mar. De repente descubrió un objeto brillante. Se levantó. Sus ojos me miraron. Eran tan azules como el ámbar que sostenía entre sus manos....

- Veo que a ti también te ha embrujado - me dijo el marinero, y la imagen desapareció.

- Tenemos que irnos o volverás a saltarte otra clase, me indicó la profesora. Y se dirigió hacia la puerta.

Pero yo no podía salir de allí. Ese objeto me atraía como un imán. No sé cómo lo hice pero, al salir del despacho, el ámbar estaba cómodamente colocado en mi bolsillo.

SENTIMIENTOS CONTRADICTORIOS

Recuerdo aquel día y lo recordaré siempre.

Hacia una bonita tarde soleada y decidí salir a dar un paseo. Vagaba sin rumbo fijo, perdido en mis pensamientos y, cuando quise darme cuenta, me hallaba frente a la enorme reja del caserón de mi abuela. El jardín de la entrada estaba sembrado de hojas de otoñales colores. Me pareció oír música, así que empujé despacio el portón y avancé hacia la casa. Había varios coches aparcados junto a la entrada, algo completamente inusual. No pude resistir la curiosidad y me asomé a uno de los ventanales del salón. Había muchas personas allí congregadas, gente elegante y al mismo tiempo un poco estafalaria, como de otra época. Agrupados en corrillos, charlaban animadamente. Y entonces, entre todos esos adultos, la vi: debía tener aproximadamente mi edad y era, sencillamente, preciosa. No sé cuánto tiempo pasó mientras yo la observaba embelesado, analizando detenidamente cada gesto, imaginando su nombre...

Una ronca voz me devolvió a la realidad:

- Vaya, vaya. Mi nieto ha decidido, por fin, visitar a su abuela.

Estaba muy cambiada y parecía más joven. Llevaba un largo vestido morado, su cabello suelto y lucía un curioso colgante color esmeralda pegado a su cuello.

- Hola, abuela. No tenía ni idea de que se celebraban fiestas en esta casa. Por cierto, estás muy elegante.

La abuela sonrió. Yo dudaba si mi comentario surtiría efecto.

- Esta fiesta es para adultos. Pero no le vendría mal a Helena un poco de compañía. Pasa y te la presentaré.

Conectamos desde el primer momento. Me fijé en su colgante, muy similar al de la abuela, pero de distinto color.

Helena y yo salimos al jardín a dar un paseo. Al regresar a la casa algo llamó mi atención: la abuela estaba hablando con un hombre cerca de la reja. La distancia me impedía distinguir su rostro. De repente, ambos me miraron y comenzaron a avanzar en mi dirección, despacio, pues él cojeaba.

Habían pasado cuatro largos años. Estaba muy cambiado, pero me seguía sonriendo de la misma forma que años atrás, cuando me traía alguna sorpresa.

- Hola Bruno. ¡Cuánto has crecido!

Corrí a abrazarle. No pude evitar las lágrimas, a pesar de la presencia de Helena.

Y me acordé de lo mucho que había llorado mi madre, de lo tristes y solos que nos había dejado. De las horas que pasaba junto al mar anhelando su regreso.

Me separé de mi hermano y, corriendo, atravesé la salida en dirección a mi casa, ignorando sus insistentes llamadas.

UNA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

Corría por un estrecho pasillo. Todo estaba oscuro. Yo aterrado. Alguien o algo me perseguía. Podía sentirle cerca, peligrosamente cerca.

Palpé varias veces la pared de piedra húmeda, en busca de una vía de escape. Pero no hallé nada, absolutamente nada.

Mis piernas no soportaban más. Mi corazón latía a un ritmo frenético. Y hacía calor, demasiado calor.

De pronto tropecé. Algo se clavó en mi pierna produciéndome dolor. Era un objeto guardado en mi bolsillo: el ámbar. Lo saqué y observé que emitía un débil resplandor, una suave y fría luz.

Y entonces lo entendí todo. "Eso" venía por mí, quería el ámbar y haría cualquier cosa por conseguirlo.

Estaba a punto de alcanzarme. Percibía su fétido aliento.

Me volví a caer y se abalanzó sobre mí. Me miró con sus ojos rojos, casi incandescentes.

- Vamos muchacho, dámelo. No te pertenece y no dejaré de perseguirte hasta que me lo entregues.

Tenía mucha fuerza y yo no podía moverme, ni podía gritar. Giré la cabeza y vi que estaba cerca el final del túnel y que éste comenzaba a iluminarse. Abrí los ojos empapado en sudor. Afortunadamente estaba amaneciendo.

AL INFIERNO, PERO CON MARTA

- Es mucho más completo el sexo con amor ¿no crees, Bruno? Hay mucho placer, y además cariño, generosidad, entrega...

Al escuchar a mi mujer, comencé a recordar aquel lejano día en el que, a mis quince años, experimenté mi primer calentón.

Llevaba varias copas e iba bastante fumado, cuando decidí explorar la discoteca del pueblo.

Tras traspasar la cortina de terciopelo negro y, una vez acostumbrados mis ojos a la penumbra, descubrí que el antro estaba totalmente decorado en color rojo: la moqueta del suelo, los sillones del fondo, las paredes....

- Así debe ser el infierno – pensé. Y esa idea me hizo sonreír.

Marta estaba sentada fumándose un cigarro y tomándose una copa. Llevaba un sugerente vestido negro y el pelo recogido en un moño. Cuando se percató de mi presencia, me hizo un gesto con la mano, para que me acercara.

- Hola, Bruno. Es la primera vez que te veo por aquí. Pídete una copa.

Después de la segunda ronda se acercó a mí, y me besó. Al principio tímidamente y luego con mayor intensidad. Comencé a acariciarla, primero por encima de la ropa y, como estaba muy excitada, me atreví a levantarle el vestido. Sus manos empezaron a participar más activamente, desabrochando los botones de mi pantalón.

A esas alturas, ya me daba lo mismo que alguien pudiera estar cerca y nos observara. Pero mi cuerpo pedía más, por lo que la propuse ir a un sitio apartado.

Al principio Marta dudó pero, cuando la prometí que la llevaría pronto a su casa, asió mi mano y nos dirigimos a mi coche.

El calor de nuestros cuerpos empañó rápidamente los cristales. Nos quitamos la ropa el uno al otro, besándonos ansiosamente, casi con desesperación y, a pesar de la incomodidad del vehículo, no he vuelto a tener una experiencia tan lujuriosa en toda mi vida.

Volví a la realidad para mirar a mi mujer y comprobar que, como en muchas ocasiones, no esperaba respuesta alguna sino que, más bien, expresaba sus pensamientos en voz alta.

¡Para qué llevarle la contraria!

LA VIDA TE DA SORPRESAS

Mi peculiar abuela, nunca dejó de sorprenderme. Aunque nunca faltaba a la convocatoria semanal, no parecía alegrarse por ello. Es más, estoy convencido de que, para ambos, era una desagradable obligación.

Aquel martes, día de mi décimo cumpleaños, cuando disponía a sentarme en la enorme mesa de su cocina, un objeto allí colocado llamó mi atención.

- He meditado mucho si debía o no entregártelas. Han pertenecido a mi familia durante generaciones. Tu padre tenía tu edad cuando se las regalé. Cuídalas mucho, pues son muy especiales – me dijo.

Era una caja de madera muy oscura, como de ébano. Sobre su tapa, aparecía dibujado un sol de nácar. Impaciente y aturdido por la sorpresa, levanté despacio la cubierta para descubrir en su interior veinte canicas de cristal perfectamente alineadas en cinco filas de a cuatro. Cada una de ellas era de distinto color, diferentes tonalidades de naranjas, azules, amarillos, verdes y morados.

- Espero no arrepentirme – murmuró.

Y depositó el bocadillo de nocilla sobre la mesa, sin darme tiempo a agradecerse de ningún modo.

Al día siguiente de recibir tan especial obsequio, decidí acercarme al parque para estrenarlo. Al sacar las canicas de su estuche, pude observar que cada una de ellas brillaba con luz propia. Después de construir el “gua” me puse a probar puntería. Estaba tan absorto en el juego, que no me percaté de la presencia de Tony, el matón de sexto curso.

- ¡Pero a quién tenemos aquí!, dijo. ¿Habéis visto qué canicas tan punteras tiene Bruno?

Sus amigos le rieron la gracia.

- Juguemos una partida.

- No pienso competir contigo – sentenció.

Al darme la vuelta, aprovechó para pegarme un empujón. La caja cayó al suelo, desparramando su contenido. Me levanté lleno de ira para lanzarle un puñetazo, que sabiamente esquivó. Tony me lanzó un rechazazo que me hizo volver a caer. Los tres amigos comenzaron a reír, mientras yo intentaba recuperar la respiración. Estiré mi brazo para alcanzar la caja y una de las canicas. Al levantar la tapa, una luz escapó de su interior y todas las canicas regresaron al lugar al que pertenecían por voluntad propia. Ellos fueron testigos de lo ocurrido y supe, de inmediato, que me robarían tan preciado botín. Así que emprendí una veloz carrera, pero no tardaron en atraparme.

- Entréganos la caja y evitarás males mayores – dijo el cabecilla.

Yo estaba dispuesto a pelear, a pesar de que era una batalla perdida. Y justo en el momento en que ya no había posible escapatoria, me alegré como nunca de oír su voz:

- Vaya unos mierdas. Tres contra uno. ¡Largaos ya de aquí! – gritó mi abuela.

Fue maravilloso verlos huir.

El miedo dio paso a la risa. Aquel fue el primer día que vi reír, a carcajada limpia, a mi Superabuela.

CUANDO LA REALIDAD SUPERA A LA FICCIÓN

Me desperté a media noche sobresaltado. Había tenido una terrible pesadilla tan real que, aún con los ojos abiertos, no tenía la certeza de si había sido tan solo un sueño. Cogí la botella de agua que cada noche colocaba sobre mi mesilla y dí un largo trago, cuando me pareció escuchar un ruido bajo mi cama. Al principio pensé que era una alucinación y me quedé muy quieto para poder percibirlo mejor. No había la menor duda: había algo allí abajo.

Muy despacio, me cubrí totalmente con la sábana. Estaba tan asustado que quería gritar, llamar a mi madre, pero no podía emitir sonido alguno.

Fuera llovía. Escuché un trueno y sentí cómo el monstruo saltaba sobre mi cama, avanzando hacia mí lentamente. No debía ser muy grande, pues no pesaba mucho. De pronto se paró en la almohada, junto a mi cabeza. Yo no podía más, me iba a explotar el corazón. No sé de dónde saqué el valor para, aprovechando un relámpago, levantar la sábana que dificultaba la visión para descubrir a...

- ¡Aristóteles! ¿Tú sabes el susto que me has dado? – le dije.

Me miró con sus indiferentes ojos verdes.

A la mañana siguiente telefoneé a mi abuela para decirle que se llevara a su puñetero gato.

DE TAL PALO, TAL ASTILLA

¡Cómo odiaba los días de Navidad! Cada año, tía Berta y su hijo venían a visitarnos. Jacobo era un niño enclenque, mimado y con unas enormes gafas que, según mi tía, le hacían parecer un intelectual y a mí, un auténtico gilipollas.

Siempre tenía que presumir de los regalos que le traerían los Reyes:

- Este año, Bruno, me traerán la Play 3. ¿Jugarás conmigo?

A lo que yo respondí:

- Ni lo sueñes, Jacobito. Tengo cosas más importantes que hacer.

Ese día llovía a cántaros. Mamá y tía Berta decidieron que yo me quedaría al cuidado del niño. A pesar de mis innumerables protestas, se salieron con la suya, dejándome con un mosqueo del quince.

- Mira, Jacobito. Tú juega con una de tus puñeteras maquinitas y déjame un poquito en paz.

- Deberías jugar conmigo, primo. En caso contrario, me chivaré. Le diré a tu madre que tienes un paquete de tabaco escondido en tu cuarto.

Tenía que darle un escarmiento, así que decidí cambiar de actitud.

- ¿Te han contado alguna vez los secretos que esconde la abuela en su desván? Supongo que un valiente como tú no tendrá miedo....

- ¡Claro que no tengo miedo!

- ¿Has oído hablar de la prima Adelita?

- Sí, aquélla que se cayó al mar hace muchos años, siendo una niña.

- No se cayó, Jacobo. Alguien la empujó y se hundió en el mar. Nunca capturaron al culpable y, desde entonces, ella vaga por el desván.

- Y tú ¿cómo lo sabes? – me preguntó aterrado.

- Porque la he visto en varias ocasiones que he dormido allí. La encanta jugar con las videoconsolas, así que, yo que tú escondería la DS...

Poco después aparecieron nuestras madres y Jacobo intentó convencer a la suya para quedarse a dormir en mi casa, pero ella no accedió.

A la mañana siguiente, oí llegar a la abuela. Se quejaba a mi madre de la mala noche que habían pasado. Me acerqué a la cocina para escuchar la conversación.

- Ayer, tu hijo, estuvo contándole historias de miedo a su primo.

Yo no podía creerlo: la abuela se estaba riendo.

- Le ha contado al pequeño, que la prima Adela deambula por el desván sin descanso, y que la fascina jugar a las consolas. Ahora Jacobo dice que no quiere dormir solo en la habitación, y ha guardado sus juguetes en mi cuarto. Ja, ja, lo mismito que hacía mi hijo con Berta. Recuerdo que ella se negaba a acostarse en su cama, porque tu marido la habló de un pirata que, cada noche, escribía largas cartas en el escritorio de su hermana. Te podrás imaginar el rebote que se ha pillado mi hija, cuando el niño le contaba el relato de Adelita y yo he comenzado a reírme. No he podido evitarlo.

Tenemos que hablar con Bruno y regañarle por asustar así a su primo. Y regalarle un cuaderno para que escriba esas aterradoras y divertidas narraciones. Al igual que, en su día, hizo su difunto padre.

VIERNES 24 DE JUNIO: PREPARATIVOS DE LA FIESTA

La abuela estaba especialmente nerviosa. Varias personas habían acudido a ayudarla y estaban decorando su jardín. Ella se movía de mesa en mesa poniéndole pegatas a todo, interrumpiendo cada dos por tres. De repente reparó en mi presencia:

- ¿Y tú qué miras? O ayudas o te vas a dar una vuelta.

Debía ser una fiesta muy importante y no estaba dispuesto a soportar su mal humor, así que opté por dar un garbeo. Comencé a caminar en dirección a la ermita y, pasados unos minutos, un Mercedes con los cristales tintados se detuvo a mi lado. El copiloto bajó su ventanilla:

- Hola, chaval. Nos dirigimos a San Martín. ¿Vamos bien por aquí?

Tenía una expresión seria, parecía un matón salido de una película de gánsters. Escuché la voz del pasajero:

- Déjame a mí, Jaime. Sé cómo tratar a estos paletillos. Y bajó su ventana:

- Buenas tardes. Buscamos la casa de Cornelia Sotomayor, y estamos un poco perdidos. ¿Puedes ayudarnos?

Llevaba un parche en el ojo izquierdo. El azul de su único ojo me recordaba a alguien...

No me gustó nada que me llamara paletillo y, por supuesto, no les iba a indicar la dirección de la casa de mi abuela a unos desconocidos, así que sonreí amablemente y les indiqué un camino que les tendría muy entretenidos durante un buen rato. Puede que, así, aprendieran buenos modales.

JUAN SOTOMAYOR

El sábado 25 de Junio la abuela estaba igual de taciturna que la noche anterior. Hablaba con mamá y, al acercarme a ellas, me indicó que la bajase una caja a la bodega, con la clara intención de tenerme entretenido un rato.

La sala estaba siempre cerrada y olía a humedad. Me aproximé a la chimenea para ver un cuadro que había llamado mi atención. El nombre del personaje retratado aparecía en la esquina inferior derecha: era mi bisabuelo paterno. Observé su rostro con detenimiento y, al fijarme en sus ojos, descubrí que eran de un azul tan intenso y frío como el del sujeto del Mercedes.

Subí las escaleras y me escondí tras unas hortensias. En ese mismo momento, mamá le preguntaba a la abuela:

- Y ¿no has recibido ninguna llamada suya?

- Sí, llamó sobre las once de la noche para decirme que se había perdido. Claro, lleva más de veinte años sin aparecer por aquí. En el fondo me alegro de que no viniera. Mi hermano y yo siempre hemos mantenido una pésima relación. Me pareció de lo más extraño que, después de tantos años sin hablar con él, me llamase para decirme que tenía que hablar conmigo en persona. Me temo lo peor.

Me estaba planteando si contarle a la abuela lo que había ocurrido la tarde anterior cuando el vehículo cruzó la puerta de entrada. Los tres pasajeros abrieron sus respectivas puertas.

- Cornelia, querida. Parece que el tiempo no pasa por ti. ¿Será cosa de brujería?

- No, querido hermano. Tu cansada vista te impide ver con claridad. Veinte años siempre dejan huella. ¿A qué has venido?

- Vaya, veo que sigues teniendo el mismo carácter afable de siempre. Sólo vengo a por lo que me pertenece.

Y en ese preciso instante descubrió mi escondite. Ambos sostuvimos la mirada. Comenzó a avanzar hacia mí. El ámbar de mi bolsillo vibraba. Él también llevaba algo escondido que emitía un débil resplandor.

- ¿Dónde crees que vas? Deja a mi nieto y vete de mi casa.

Él me miró y me dirigió una cruel sonrisa que me heló la sangre.

- Nos veremos pronto, muchacho.

Acababa de conocer a Juan Sotomayor, mi peor enemigo y protagonista de mis más terroríficas pesadillas.

QUÉ ME ESTOY PERDIENDO

Algunos días, mientras mamá dormía, yo aprovechaba para ver los álbumes de fotos. Una vez, revolviendo en sus cajones, encontré uno que nunca había visto: en la portada, en letras doradas, estaba grabado el nombre de mi padre. En las primeras páginas aparecían imágenes de papá cuando era pequeño. Había un gran parecido entre nosotros.

Yo estaba nervioso e intranquilo. Si mamá me descubría hurgando entre sus cosas, me la iba a cargar. Me lo había advertido muchas veces.

En las páginas centrales papá aparecía vestido de buceador, afición que le costó la vida.

Seguían instantáneas de mis padres cuando eran novios. En una de ellas aparecían junto a mi abuela y Juan Sotomayor, ambos serios y visiblemente incómodos.

A continuación fotos de su boda, del viaje de novios y algunas en las que yo posaba junto a mi hermano.

Estaba a punto de llegar al final cuando descubrí un recorte de periódico: la noticia relataba la muerte de mi padre, que había ido esa misma mañana a practicar buceo, el descubrimiento de su cadáver y la entrevista realizada a mi abuela, en la que mantenía la firme convicción de que mi padre no se había ahogado y en la que exigía una exhaustiva investigación de los hechos.

De repente, noté unos ojos clavados en mí y me di lentamente la vuelta.

- ¿Se puede saber qué buscas? Tienes la fea costumbre de no respetar la intimidad de los demás.

- Y vosotras la de ocultarme cosas, abuela. ¿Qué le paso a mi padre?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

- Aún eres demasiado joven, Bruno. Ya lo sabrás a su debido tiempo.

Y se dio media vuelta, sin ni siquiera molestarse en despedirse.

UNA DECISIÓN MADURA

De mi infancia, la imagen que más se repite es el rostro de mi desgraciada madre. La vida había sido muy dura con ella y llevaba años intentando salir de una depresión cuyo tratamiento sólo conseguía hacerla dormir y refugiarse en su peculiar mundo.

Pero en esos días en los que estaba más lúcida, se sentaba en mi cama, me rodeaba con sus brazos y me contaba historias de mi padre.

¡Cuánto me costaba hacerla sonreír! La veía tan joven y guapa y yo no podía ayudarla, por eso siempre me sentía tan impotente.

Odiaba a Pablo por haberse marchado, a mi abuela, por ser siempre tan arisca y por empeñarse en tratarme como a un niño ignorando mis preguntas.

A principios de mayo recibí una carta sin remite con matasellos de Méjico. Abrí el sobre y descubrí la inconfundible letra de mi hermano.

Querido Bruno:

Desde que me marché de casa, no pasa ni un solo día en el que no os haya echado de menos a ti y, por supuesto, a mamá. Sé que ambos estáis bien, y eso es lo que importa.

No puedo explicarte el motivo de mi desaparición, pues os pondría a ambos en peligro. Si la abuela llega a enterarse de que te he escrito, me montará una bronca monumental, ja, ja. No la juzgues mal, hermanito. Es la mujer más fuerte que he conocido y, desde que papá murió, no ha hecho más que protegernos, sobre todo a ti.

Ya no eres un niño, Bruno. Pero hay secretos que, cuanto más tarde descubras, mejor. Debes confiar en mí.

Destruye esta carta en cuanto la leas. Y, por favor, cuida de mamá.

Te quiere:

Pablo.

Leí la carta hasta memorizarla, la rompí esparciendo sus fragmentos en el fuego de la chimenea.

Puede que aún fuese demasiado joven para saber ciertas cosas, pero esas palabras se quedarían grabadas en mi mente: desaparición, peligro, protección...

Y no me cabía la menor duda de que todas ellas estaban relacionadas con la muerte de papá.

Pero ¿por qué estaba yo en peligro?

Me giré bruscamente. Mamá me observaba desde la puerta del salón.

- ¿Quién te escribe desde Méjico? No sé qué esconde esa carta, pero debe ser algo muy importante. No te habrás metido en algún lío, hijo.

No sabía qué responderla así que, con todo el dolor de mi corazón, decidí imitar a la abuela:

- Creo que soy mayorcito para tener mi intimidad.

Y abandoné la estancia, ignorando su asombrada expresión.

TE ECHO DE MENOS

Me gustaba mirarla mientras se maquillaba.

- ¿Qué estás pensando, cariño?

La voz de mi mujer no logró desviarme de mis pensamientos. No se lo puedo revelar.

Recordaba aquel día inolvidable de primavera. Estaba totalmente despejado y no hacía frío, por lo que decidí dar un paseo en mi Harley. Descendía por la carretera de la playa a buena velocidad, para poder disfrutar del paisaje y de la sensación de libertad que experimentaba siempre que montaba en la moto.

Ya de camino a casa, vi un coche averiado aparcado en el arcén. Una vez adelantado el vehículo miré por el espejo retrovisor para descubrir a una joven que, desesperada, daba patadas al automóvil. Di la vuelta y aparqué junto a ella, sin quitarme el casco.

- Hola ¿problemillas con el coche?

Llevaba varios años sin ver a Helena. Estaba algo cambiada, más guapa si cabe, más mujer...

- Me he quedado sin gasolina.

- ¿Puedo ayudarte?

- ¿Me acercarías a una gasolinera?

- No, me refería a darle yo también alguna que otra patada.

Ella me dirigió una mirada cargada de ira. Entonces, me quité el casco.

- Anda, sube Helena.

- No me ha hecho ninguna gracia, Bruno.

Y comenzó a reír.

Me contó que compartía coche con su hermano y que éste tenía por costumbre dejarlo pelado de gasolina.

Una vez solucionado el problema, dejamos aparcado el Mini y nos dirigimos al faro.

La vista de los acantilados y el constante graznido de las gaviotas invitaba a dejar volar la imaginación. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien... La luz del sol iluminaba sus ojos. Estaba preciosa. Sentí un enorme deseo de besarla cuando ella se acercó a mí para decirme:

- He pensado mucho en ti, Bruno.

Rodeé su cuello con mis manos, me acerqué a ella y la besé apasionadamente.

Me miro en el espejo: cada día tengo peor aspecto. Busco el reflejo de Helena. Su ausencia me duele. Me duele pensar que Helena ya no está.

SUEÑOS PREMONITORIOS

Estaba estudiando tranquilamente en mi habitación, cuando alguien llamó a la puerta:

- Bruno, ¿puedo pasar?
- Claro abuela.

De nada serviría negarme. Nuestra relación había mejorado considerablemente desde que recibí la carta de mi hermano. Y ella, según iba cumpliendo años, estaba algo más afable.

- ¿Preparando la selectividad?
- Sí, eso intento.
- Cuando eras pequeño, decías que de mayor querías ser arqueólogo, como Indiana Jones. Al cumplir los catorce te regalé aquel libro, no recuerdo el título...
- "Dioses, tumbas y sabios". Aún lo conservo. Me encantó.
- Devoraste sus páginas en apenas unos días. Siempre te ha gustado la asignatura de historia, sacando muy buenas notas. ¿Por qué no te animas y te matriculas en Madrid? Helena irá a la Complutense.
- Puede que me convenzas. Pero es difícil encontrar salidas laborales.
- No creo que vayas a tener problemas económicos. Os pienso dejar todo lo que tengo a tu hermano y a ti.

Se quedó callada unos segundos y prosiguió diciendo:

- Tu madre dice que, últimamente, parece un alma en pena.
- No duermo muy bien. Tengo pesadillas. En especial hay un sueño que se repite muchas veces y me atormenta.

Con un gesto me animó a continuar.

- Es de noche. Camino por un túnel muy oscuro. Pablo va delante y Helena entre nosotros dos. Alguien nos persigue, cada vez están más cerca. Subimos unos escalones, resbalo y estoy a punto de caer. Finalmente, llegamos a una sala. Las linternas iluminan una escultura roja que parece un jaguar. Nuestros perseguidores están muy cerca. Me aproximo a la estatua y noto un golpe en la cabeza. Me giro para ver a mi agresor y entonces, despierto.

Mientras le relataba mi sueño, su preocupación iba en aumento. No podía disimularlo.

- Pablo va a regresar pronto a casa. Y entonces, los tres, tendremos una conversación que ya no se puede demorar más. No le digas nada a tu madre, ya hablaré yo con ella.

Intenté protestar, pero me silenció diciendo:

- Pronto, muy pronto... Ten paciencia.

Me besó en la mejilla y volvió a dejarme solo.

RECUERDOS

El caserón de mi abuela estaba situado a las afueras del pueblo, muy cerca del bosque. Aquel viernes salí a dar un paseo en bicicleta. No pensaba ir a visitarla, pero olvidé la botella de agua en casa y decidí que podría invitarme a un refresco.

La puerta estaba abierta e imaginé que estaría en el jardín. Escuché cómo hablaba con otra mujer y, a pesar de que me habría gustado espiarlas, comprendí que no era una buena idea.

- ¡Hola, abuela! – y la dí un sonoro beso en la mejilla.

- ¿Te acuerdas de Mónica?

¡Cómo iba a olvidar ese rostro angelical que me enamoró siendo un niño! Estaba radiante. La miré a los ojos y comencé a recordar aquel día frío y gris, la primera vez que hice pellas faltando a la clase de música, su despacho con la rosa de Jericó, el ámbar....

Metí la mano en mi bolsillo: ahí estaba, en el mismo lugar donde lo escondí aquel día. Abrí la mano y se lo mostré:

- Lo robé de tu despacho, Mónica. Y nunca lo reclamaste, ¿por qué?

Ambas mujeres se miraron con complicidad.

- ¿Cómo no me daría cuenta antes, abuela? Tú estabas detrás de todo esto ¿verdad?

- El ámbar perteneció a tu padre. Antes fue mío. Y de mi madre. Y de mi abuela... Una larga historia. Sólo pretendía saber si eras el verdadero destinatario de tan singular objeto. Por eso le pedí ayuda a Mónica. ¿Viste a ese hombre de ojos azules, verdad?

- Era tan real, incluso llegó a hablarme. ¿Quién era?

- Todo a su tiempo, Bruno. Sólo añadiré una cosa más. ¿Recuerdas el sueño que me contaste el otro día, en el que veías la estatua de un jaguar?

Asentí.

- Ese lugar existe.

- Sólo era un sueño. ¡No es posible!

- Tu hermano lo ha visto con sus propios ojos. Y, probablemente, algún día tú también lo verás.

EL SALÓN DE LAS PALABRAS

Las obras en el viejo caserón habían empezado y la abuela andaba de un humor de perros. Al comienzo de las mismas intenté indagar en qué consistían, pero sus ambiguas respuestas me obligaron a desistir.

El sábado me llamó por teléfono para invitarme a comer y la encontré especialmente alegre.

- Bruno, quiero enseñarte algo.

Después de atravesar varias estancias llegamos a una puerta. Para mi sorpresa, el antiguo comedor y el despacho de mi abuela, se habían transformado en una extraordinaria biblioteca.

Al ver mi expresión de asombro, sonrió y me animó a pasar.

- Llevo años pensando dónde colocar todos los libros almacenados en el desván, recopilados por la familia durante generaciones.

Yo estaba tan fascinado, que no prestaba atención a sus palabras: las paredes forradas de estanterías de madera, contenían miles de libros. El centro de la sala estaba ocupado por una antigua mesa de madera oscura, sobre la que flotaba una magnífica lámpara de araña. Las brillantes baldosas estaban cubiertas por alfombras de lana de tonos claros. Y en el techo abovedado, aparecían dibujadas las siete maravillas de la antigüedad.

Me acerqué a la zona donde se exhibían los libros más antiguos: tomos encuadernados en piel de distintos colores, que desprendían un olor especial.

De pronto, todo comenzó a dar vueltas y empecé a oír palabras ininteligibles, como si muchas personas estuviesen leyendo en voz alta. Y vi un gran fuego: una enorme hoguera alimentada por varios curas que estaban quemando códices, vasijas, ídolos, piedras labradas... El superior de todos ellos, de aspecto siniestro, sostenía la Biblia en su mano derecha y una gran antorcha en la izquierda. Se reía a carcajadas.

Intenté concentrarme, pues alguien estaba pronunciando mi nombre. Entonces vi a aquel hombre que me habló hace años, solo que esta vez iba vestido de indio, portando una enorme lanza y un peculiar collar que resaltaba el intenso azul de sus ojos.

- Bruno, busca el libro...

Estaba muy mareado, el sujeto me seguía hablando y, entre todas sus palabras sólo fui capaz de percibir un nombre: Diego de Landa.

Exhausto, perdí el conocimiento.

EL DOLOR DE TU AUSENCIA

A veces la siento cerca, muy cerca. Y llego a la conclusión de que, realmente, nunca se fue del todo.

Aún conservo la foto que le hice aquel lejano día de San Valentín, guardada en un cajón de mi despacho. Mi mujer sabe que la tengo, pero no dice nada.

Ese soleado día habíamos ido a comer al campo. Nos remangamos los pantalones para meter los pies en el río. El agua estaba helada y reconozco que me enfadé cuando Helena me salpicó.

Después de comer, nos tumbamos un rato al sol y nos dormimos: ella con su cabeza apoyada en mi pecho, rodeando mi cintura con su brazo, muy pegadita a mí... Me desperté y estuve observándola durante un buen rato, pensando en lo afortunado que era por tenerla a mi lado.

Aún me estremezco al recordar sus besos, sus caricias, nuestra primera vez... Y no logro impedir que las lágrimas resbalen de mis ojos. Han pasado muchos años, pero mi corazón sigue lleno de ella.

Alguien llama a la puerta y escondo rápidamente su retrato.

- Cariño, habíamos quedado en salir a pasear con los niños ¿te queda mucho?

Me observa detenidamente y añade:

- ¿Pasa algo?

- Tranquila, bajaré enseguida.

- Debes estar haciendo algo muy importante y te has olvidado de un detalle.

Miro el calendario que hay sobre mi mesa, y veo una pequeña marca en el día de hoy. Me levanto y la beso.

- Felicidades.

- Lo habías olvidado. Dime una cosa: hace un rato estabas pensando en ella ¿verdad? Anoche repetías su nombre en sueños.

- No saques las cosas de quicio, Aurora. Sólo porque por un momento me he despistado.

Abro el armario y la entrego un paquete envuelto.

- Compré este regalo hace días. Espero que te guste.

La beso en la frente y añado:

- Venga, vayamos a pasear. Te invito a una cerveza.

¡Cuánto añoro tus besos! ¡Cómo duele tu ausencia!

MÁS VALE TARDE QUE NUNCA

Me despertó la claridad del día y comprobé que no estaba en mi habitación. Por alguna extraña razón que no conseguía recordar, me había acostado en el dormitorio de invitados de la casa de mi abuela. Entré en el baño para lavarme la cara y así espabilarme un poco. Mi ropa estaba doblada sobre un viejo arcón. Después de vestirme, cuando estaba a punto de salir, ella llamó a la puerta.

- Bruno ¿estás despierto?

- Sí, pasa.

- Has estado durmiendo muchas horas y ya estaba empezando a preocuparme.

- ¿Qué me ha pasado?

- Estabas viendo los libros de la nueva biblioteca totalmente concentrado cuando, de repente, has comenzado a apretarte las sienes y, finalmente, te has desmayado.

Hizo una breve pausa.

- Has sufrido varios desvanecimientos a lo largo de tu vida. ¡Menudo susto nos diste la primera vez! Tu madre había salido con tu hermano y te habías quedado al cuidado de tu padre. Él estaba leyendo un libro y tú sentado en su regazo. Iba a pasar página cuando tú pusiste la mano para impedirselo. Entonces, al igual que ayer, te quedaste totalmente abstraído y, antes de perder el conocimiento, pronunciaste un nombre: Zazil Há. ¿Te suena de algo?

- No tengo ni la menor idea. Recuerdo algún que otro desmayo, pero nunca le he dado mayor importancia

- Tienes un don, Bruno. Igual que lo tuvo tu padre, lo tengo yo y lo han tenido otros miembros de la familia. Pero, en ti, es mucho más fuerte. A tu madre le asustaba ese talento y yo le prometí que te lo ocultaría mientras fuera posible.

Estaba emocionada cuando dijo:

- Perdóname, por haber sido a veces tan arisca, por no haber respondido a tus insistentes preguntas. Y dicho esto, acompáñame a la biblioteca que quiero enseñarte algo.

Fue directa a las estanterías de los libros antiguos y extrajo un volumen:

- Ayer pronunciaste su nombre. No creas que ha sido fácil encontrarlo.

Leí el título en voz alta:

- "Relación de cosas de Yucatán".

La abuela sonreía cuando dije:

- Diego de Landa. Así que ¿de verdad existió?

- Claro que sí. Al igual que Zazil Há. Pero ya hablaremos de ella en otro momento.

Una vez más, la abuela me dejaba con la miel en los labios.

ULTIMÁTUM

Llevaba varios días preocupado y quería ponerla al corriente de los sucesos que me inquietaban. Ella descansaba en el jardín.

- Hola, abuela, quería hablar contigo.

- ¿Va todo bien?

Tomé asiento junto a ella.

- Alguien me está siguiendo. Llevo varios días observándolo: un turismo negro con los cristales tintados. Al principio pensé que podría tratarse de una coincidencia. Hasta que, el pasado martes, intentó sacarme de la calzada. Menos mal que, como iba en moto, pude despistarles. Tengo la certeza de que sólo pretendían asustarme.

- Deberíamos hablar con la policía.

Tras un breve silencio, cambié radicalmente de tema.

- Háblame de tu hermano, abuela.

- Juan siempre ha sido la oveja negra de la familia. Nunca mantuvimos una buena relación, ni siquiera de niños. ¡Éramos tan distintos! Nunca ha querido a nadie, sólo a sí mismo. Al morir mi padre, su relación con mamá fue empeorando, hasta el punto de intentar obligarla a entregarle ciertos objetos de gran valor, por lo que ella, poco antes de morir, decidió cambiar su testamento para legarme esta casa y todo lo que había en ella. No te puedes imaginar cómo se puso cuando, días después de su fallecimiento, se enteró de las últimas voluntades. Ha estado durante años buscando el modo de impugnarlo. Nunca se lo perdonará y nunca lo aceptará sin más.

- ¿Crees que es el culpable de la muerte de papá?

- Sí, lo creo. Pero tenía una coartada: estaba fuera de España cuando ocurrió el accidente. Puede que él no fuera el autor material, pero estoy segura de que tuvo mucho que ver.

La voz del ama de llaves terminó con la interesante conversación:

- Bruno, tu madre está al teléfono. Parece preocupada.

- Alguien ha entrado en casa, hijo. Yo estoy bien...

No la dejé terminar:

- Estaré allí en diez minutos.

Mamá me esperaba sentada en su sofá. Dos policías la interrogaban mientras que una enfermera le daba unos puntos de sutura en la cabeza. Lamentablemente, no pudo ver a su agresor.

Fui a comprobar el estado de la vivienda: todo estaba totalmente revuelto pero, por el desorden de mi dormitorio, comprendí que era allí donde habían buscado con más insistencia. Apenas podía poner un pie sin pisar algo: los cajones y las puertas de los armarios permanecían abiertos y todo su contenido esparcido por el suelo. Un objeto llamó mi atención: era un marco de plata con la foto de papá. El cristal estaba roto y, pegado a él, una nota que decía:

"Si no quieres que a ti te pase lo mismo, entrégame. Haré cualquier cosa por conseguirlo".

Y, aunque no conocía su letra, supe de inmediato quién era el autor del fatídico mensaje.

JAIME ARNAU

Llegué a Méjico el día 5 de junio. La abuela me había encargado una misión: tenía que encontrarme con un hombre al día siguiente de mi llegada. Sólo se me reveló su nombre: Jaime Arnau.

No me costó encontrar el lugar acordado: el Palacio de Gobierno de Mérida, un impresionante edificio de estilo colonial. Me presenté con media hora de antelación y subí al piso superior. A esa hora aún no hacía demasiado calor y apenas había turistas.

Entré en una sala que albergaba varios cuadros de un pintor natural de la localidad. Me detuve frente a un lienzo que llamó mi atención: un hombre de rasgos españoles, vestido como un indígena, sostenía en sus brazos a un niño y, tras él, otra figura, ambos con rasgos mayas. El cartel que aparecía bajo el lienzo informaba que el allí retratado era Álvaro Guerrero.

- Impresionante ¿verdad?

Me dí la vuelta y vi a un señor de mediana edad, con sombrero panameño y aspecto afable.

- Soy Jaime Arnau y tú debes ser Bruno.

- Encantado de conocerle, señor Arnau.

- El placer es mío. Ya que estás aquí, deberías ver el resto de los cuadros: impresiona su realismo y colorido. Fernando Castro es un gran artista, muy querido en mi ciudad.

Un enorme lienzo me dejó sin habla: un fraile, frente a una hoguera. El franciscano Diego de Landa me miraba con cara de pocos amigos.

- Sabía que te iba a gustar. Ahora debemos irnos. El chofer nos espera para llevarnos a la oficina.

Jaime, así insistió en que le llamara, conocía a la abuela desde hacía más de veinte años. Había visitado España siendo yo pequeño, por eso no me acordaba de él. Estaba preparando una biografía de Álvaro Guerrero, personaje retratado en aquel primer cuadro. Se dedicaba, entre otras cosas, a coleccionar manuscritos antiguos. Meses antes, había encontrado uno escrito por un misionero franciscano en el siglo XVII, fray Tomás Sanbuenaventura, en el que el religioso incluía unas declaraciones atribuidas al propio Guerrero, un personaje muy querido en Méjico y considerado el padre del mestizaje mejicano.

- Informé a tu abuela del hallazgo y ella, a su vez, de la visión que tuviste de Diego de Landa. Ella insistió en que le hiciera llegar el manuscrito y estaba a punto de hacerlo, cuando se presentó un hombre en mi oficina, preguntando por el documento en cuestión. Dijo ser un periodista que quería hacerme una entrevista que sería publicada en un importante periódico español. Era un tipo alto y fornido, de intensos ojos azules y mirada fría y calculadora. No me gustó nada.

- ¿Juan Sotomayor?

- El mismo. Tu abuela tampoco tardó en identificarle. Creemos que ella tiene el teléfono pinchado. Por eso decidimos que era mejor venir aquí a por el manuscrito. Y ella te eligió a ti. Ahora está a salvo en una caja fuerte y te lo entregaré el día de tu regreso a España. Creo que será mejor que no nos vean juntos, Bruno. Te indicaré los lugares que debes visitar y te daré una copia del borrador de mi libro. Así descubrirás la relación de Guerrero y Diego de Landa.

Quedamos en vernos en el aeropuerto. Pero, al día siguiente, el escritor se puso en contacto conmigo para decirme que pasaría a buscarme por el hotel, e indicarme que tuviera preparada la maleta. Ya en su coche, me puso al corriente de los últimos acontecimientos:

- Ayer entraron a robar en mi despacho. Aparentemente no se han llevado nada de vital importancia. Pero tardaré mucho en ponerlo todo en orden.

Me entregó el manuscrito, el borrador y el billete de vuelta para ese mismo día.

Desgraciadamente, no podía permanecer más tiempo en Méjico. Ambos sabíamos quién era el autor del robo y de lo que era capaz el malvado hermano de mi abuela.

UN ACERCAMIENTO A LA REALIDAD

Aterricé en Barajas el lunes ocho de junio. No dormí durante el viaje de vuelta, siempre pendiente del maletín que el señor Arnau me había entregado. A pesar de la curiosidad, pensé que lo mejor sería descubrir su contenido ya en casa.

Mi hermano Pablo me esperaba en la terminal de llegadas. Nos fundimos en un intenso abrazo.

Pablo me contó que Jaime se había puesto en contacto con la abuela, para indicarle el cambio de mi billete de vuelta. No le dio más explicaciones por el temor que ambos sentían a ser escuchados.

Minutos después de subir a su coche me quedé dormido y no desperté hasta que su vehículo se detuvo frente a la casa de la abuela.

La encontré bastante desmejorada y me sorprendió su afectuoso recibimiento. Después de comer mi hermano nos dejó a solas, y aproveché para contarle lo ocurrido durante mi estancia en Méjico.

Abrimos el maletín y aparecieron un sobre color sepia dirigido a mi abuela; el borrador del libro de Jaime, escrito de su puño y letra y el preciado manuscrito, de letra pulcra y legible.

- Bruno, quiero contarte algunas cosas antes de que comiences a estudiar estos documentos.

- ¿Ocurre algo, abuela? ¿Te encuentras bien?

- Sí, claro. Ya sabes como somos las personas mayores, siempre pensando en aprovechar los días que nos quedan por vivir.

Me pareció percibir cierto cansancio en sus inteligentes ojos.

Salimos al jardín. Fuera había comenzado a llover y nuestros pasos nos llevaron a la vieja capilla, que siempre permanecía cerrada. Ya dentro, todo estaba oscuro y en silencio. Ella encendió la luz y nos sentamos en uno de los bancos.

- Era yo pequeña la primera vez que entré aquí, de la mano de mi madre. Meses antes, se había derrumbado el tejado de madera, lo que dio lugar a una compleja rehabilitación. Parece ser que esta capilla se erigió hace unos cuatrocientos años. Al levantar gran parte del solado, los obreros descubrieron una trampilla. Nadie sabía de su existencia. Bajo ella, una escalera llevaba a una cripta, donde estaban enterrados algunos de nuestros antepasados.

A continuación, levantó la alfombra que había junto al altar y, con una llave, abrió el postigo. Me entregó una linterna y accedimos a su interior. Oía a cerrado y a humedad, y hacía frío. Caminábamos por un pasillo y, a ambos lados del mismo, estaban alineadas varias losas de piedra. En algunas de ellas era ya difícil leer el nombre de su difunto.

- Mi tatarabuelo fue el último en ser enterrado aquí. Su tumba es la que se encuentra más cerca de la escalera. Pero lo que realmente quiero que veas, se halla al final de este pasillo.

Tras abrir una vieja puerta de madera, accedimos a una pequeña sala. Una vieja lápida de mármol ocupaba el centro de la misma. Su nombre apenas era visible. La iluminé con mi linterna: había un extraño dibujo tallado, parecía un animal, una fiera de colmillos afilados. Discriminé algunas letras pero no pude averiguar a quién pertenecía. En ese momento la abuela extrajo un papel de su bolsillo, perfectamente doblado.

- Aquél día mi madre colocó este papel sobre estas mismas letras y fue pasando por encima un lapicero. Toma, léelo tú mismo.

Entendí el papel sobre la lápida y pronuncié su nombre:

- "Zazil Há, entró al camino el veintiocho de agosto de mil quinientos cuarenta".

- Sí, Bruno, ese fue el nombre que pronunciaste aquel lejano día.

- Pero ¿quién es?

- Mi madre ordenó abrir la tumba. Dentro de ella encontramos los huesos de una mujer, restos de una muñeca de trapo, cuentas de collares y dos ámbares azules: uno sigue en mi poder y el otro es el que tú posees.

- Pero ¿qué hace ella aquí enterrada?

- No lo sé. Si está aquí es porque ha formado parte de nuestra familia. Tiene que existir alguna relación. He reunido muchos libros y quiero que tú investigues. Ya he leído demasiado y mis ojos están cansados.

De regreso a la escalera, fui comprobando el nombre de los allí enterrados, todos con el apellido Guerrero, excepto el tatarabuelo Diego Casamayor.

- ¿Crees que tiene alguna relación con el Guerrero del libro del señor Arnau?

- Yo creo que sí, pero quiero que seas tú el que lo descubras.

- Por un momento pensé que me ibas a contar todo lo que sabías y me extrañaba tanta sinceridad.

- Venga, no perdamos el tiempo con tanta cháchara que hay mucho que hacer.

Era inútil intentarlo y tuve muy claro que la conversación había llegado a su fin.

RESOLVIENDO ENIGMAS

Mientras estudiábamos los libros y documentos en la biblioteca, ya que mi abuela nos había prohibido tajantemente sacar ningún ejemplar de la sala, a Helena le encantaba sentarse en una butaca de piel que habían colocado junto a un gran ventanal: la luz iluminaba su pelo, que ella recogía atrás, en un moño, con un lápiz. Yo me sentía feliz, plenamente feliz. Podía estar mirándola durante varios minutos sin que ella se diera cuenta. Helena me recordaba a una princesa elfa. Nunca había amado así, con tanta pasión. ¡Cómo iba a pensar que sólo la tendría a mi lado tan poco tiempo! Años más tarde, llegaría a la conclusión de que esa fijación por mantener su imagen en mi mente, era una especie de premonición.

El primer libro que estudiamos fue el de Diego de Landa que, en realidad, era una copia del original; fue hallada en el Archivo de Indias de Sevilla y adquirida por mi tatarabuelo años más tarde. En él se dibujaba un panorama de lo que eran Yucatán y sus habitantes hacia el año 1560. Las tapas y el lomo estaban fabricados en piel de cordero teñida de marrón claro. Ya en las primeras páginas, aparecían algunas anotaciones con la inconfundible letra de mi padre.

A Diego de Landa se le acusaba no sólo de la quema y destrucción de cientos de códices mayas, sino también de la muerte de más de seis mil indígenas.

Acompañado por cuatro frailes de su congregación, viajó por el Yucatán, tomó medidas a sus principales edificios e hizo algunos dibujos de sus templos.

En Chichén Itzá, arrojó al cenote cientos de objetos sagrados pero antes de entrar en el interior de la pirámide, uno de los franciscanos desapareció para siempre.

Mi padre había subrayado estas últimas palabras que también llamaron mi atención y, justo en aquel preciso instante, vi a un fraile corriendo por un estrecho pasillo muy oscuro. Se dio la vuelta para dirigir una última mirada a una estatua de un jaguar que, sabiamente, había ocultado. El franciscano había guardado algo en el bolsillo de su hábito marrón, algo que pertenecía a la escultura y que él, a toda costa, quería proteger. Cuando salió al exterior, escuchó los gritos de sus compañeros que, asustados, no dejaban de buscarle.

La voz de Helena me hizo volver al presente:

- Bruno, ¿qué te ocurre? ¿Te encuentras bien?

Relaté a Helena la visión que había tenido, sin olvidar ningún detalle.

- ¿Recuerdas su nombre?

- Sí, se llamaba Fray Tomás.

- ¿Sabes qué se llevó de allí?

Metí la mano en mi bolsillo para rodear con mis dedos el objeto azulado que había reposado en el hábito del fraile, años atrás.

LA HABITACIÓN 442

Deambulaba por un oscuro corredor. No tenía ni idea de dónde me encontraba. Un detalle de mi vestimenta me hizo reflexionar: iba completamente descalzo. Varias veces he soñado lo mismo: paseaba tranquilamente por la calle y, de pronto, sentía frío en los pies, me percataba de que no llevaba zapatos y me moría de vergüenza, pues la gente me miraba con desprecio. Comprendí, con absoluta certeza, que estaba soñando.

Al final del pasillo, divisé una puerta: empujé la barra antipánico para acceder a una zona ya iluminada. Por el olor supe que me encontraba en el interior de un hospital: esa mezcla de formol, alcohol y desinfectantes, tan típico en esos centros. Varios fluorescentes zumbaban. Era el único sonido que allí se escuchaba.

Pasé por delante del mostrador de recepción. No había nadie. Varios documentos sin archivar me hicieron sospechar que el sanatorio había sido abandonado con mucha prisa. El teléfono, que estaba tirado en el suelo, casi me hizo tropezar. No funcionaba. Cerca de una silla se apilaban varias carpetas: eran historiales médicos con el membrete del Hospital Policlínico. Me puse a curiosear: el nombre de uno de los pacientes me dejó sin respiración:

Cornelia Sotomayor
Unidad de Oncología
Habitación 442

Al fondo, divisé un gran ventanal que, de vez en cuando, se iluminaba: fuera estaba cayendo un buen chaparrón. Seguí avanzando. Había habitaciones a ambos lados y todas sus puertas permanecían cerradas, todas excepto la última. Según me iba acercando, percibí el sonido de un monitor y la presencia de algo escondido detrás de la puerta. Era la habitación 442.

De repente, comenzó a sonar: era el timbre del teléfono de la recepción, una y otra vez, insistentemente.

Y desperté:

- Bruno, soy Pablo.
- ¿Pablo?
- La abuela no se encontraba bien. Vamos de camino al Policlínico.
- ¿Al Policlínico?
- Sí, Bruno. Venga, despierta, nos vemos allí.
- Pablo, escucha. No vayas a ese hospital, puede ser peligroso.
- Es el más cercano.
- Llévala al Hospital del Mar.
- ¿Qué ocurre, Pablo? – La voz de mi abuela evidenciaba que tenía dificultades para respirar.
- Bruno dice que te lleve a otro hospital, que el Policlínico puede ser peligroso.
- Bien, iremos donde diga tu hermano.

Colgamos. Tuve un mal presentimiento: no recordaba haber visto a mi abuela enferma en toda mi vida.

Me vestí rápidamente. Y, por supuesto, no olvidé calzarme.

